

ADIOS A LAS LETRAS

Recuento

Hace unos días conocí a Luis Goytisolo, con un whisky en la mano y los ojos azules. Nunca imaginé que los novelistas españoles fueran tan exquisitamente tímidos. Al contrario, intuí que eran aguerridos, sonoros, ciclones caribeños de la patria literaria. Aquí el único sonoro ciclón es Alfonso Grosso, que se pasea moreno por la historia de la escritura peninsular con el pelo rubio ensortijado, como si fuera Mirtam Makeba hecha hombre y rubia.

Tampoco habla muy alto Juan Marsé, que camina lentamente, junto a las riberas del Caribe, iluminándose los ojos con el paso de alguna chiquilla o, simplemente, con el reflejo amarillo de su chaqueta tostada.

José Manuel Caballero Bonald es, más bien, la reivindicación del silencio. Es el silencio mismo, una especie de ojo de gato que pasa por encima del pudor de las palabras como si fuera un agente barroco y callado del imperialismo literario de este siglo. El se muestra callado, y desde el fondo de esa sequera de palabras lanza una mirada sobria, como de venido de lejos.

¿Más novelistas? Juan Benet es enfático, pero agradable, sobrio, una especie de hiedra que se levanta alrededor de sus pies y al fin dice un vocablo: "Camarero, yo no le abono".

Vicente Molina-Foix comulga con sus propias palabras: jamás vi escritor que consiguiera con tanta maestría reír y contar al mismo tiempo, recorrer por su boca las palabras que va diciendo, hasta atajarlas, con satisfacción en ambas comisuras.

Félix de Azúa no abre la boca, ensimismado en su entrenamiento anglosajón, o quizá porque tiene la lengua de cal.

Guillermo Carrero no es novelista, o al menos eso pensé siempre, pero tiene una manera de sonreír muy de narrador, ser que distancia sus ojos del relato que ve y las achica, como si se estuviera burlando de su color azul.

Juan García Hortelano es otro que achica los ojos, pero por otros motivos: él quiere contemplar el filo de los zapatos del contrario, observar si en



Alfonso Grosso con Onetti.

efecto esos pies pudieran haber dado un buen extremo izquierda, un defensa de choque o una combinación de ambas cosas: es decir, un mal jugador.

Guillermo Cabrera Infante, a quien debo mi nombre y apellido, es más sorprendente, porque tiene fama de callado, tímido, ser recluso en una mazmorra de Londres, y es todo lo contrario, un verbo mirianesco, miriadas de palabras por una voz que cada día se vuelve más anglosajona. Es decir, universal.

A Gabriel García Márquez lo he visto poco. Pero tiene la voz de alguien que va mucho al dentista.

Y Vargas Llosa me recuerda los profesores rígidos de mi tiempo, aquellos que en Oxford y Cambridge se empeñaban en que me aprendiera los textos de Stendhal cuando yo en realidad añoraba volver a mi patria, dejar el exilio y reintegrarme a la dorada, horrorosa aventura de releer El Capitán Trueno. En la actualidad, Mario Vargas Llosa tiene más gusto para vestir que el que mostraban aquellos maestros caducos de mis viejos tiempos.

Algún día les contaré mis copas con gente tan importante. ■ SILVESTRE CODAC. Foto: RICARDO BADA.

y el llanto. El empeño era arduo y entrañaba dificultades poco menos que insuperables por la diversidad de escenarios repartidos por medio mundo, la multiplicación de episodios de las clases más diversas, lo dilatado del tiempo a cubrir y la escasez de datos. Pero la inteligencia, voluntad y espíritu de trabajo del equipo que emprendió la difícil empresa ha conseguido llevarla a feliz término, por lo que merecen la más entusiasta y sincera felicitación de quienes, a nuestra vez hubimos de sufrir el terrible exilio interior a que el franquismo sometió a tantos millones de españoles.

En 1977 y en estas mismas columnas comentamos con el elogio que merecían la aparición de los primeros volúmenes de El exilio español de 1939, publicados por Editorial Taurus y referentes a "La emigración republicana", "Guerra y política", "Revistas, pensamiento y educación" y "Cultura y Literatura". En la primavera de 1979 llegan a nuestras manos los dos últimos tomos que completan la obra: el quinto, dedicado a "Arte y ciencia", y el sexto, consagrado a "Euskadi, Cataluña y Galicia". En el quinto volumen, José María Ballester, Sáenz de la Calzada, Román Gubern, Ernesto García Camarero y Javier Malagón estudian, analizan y detallan, respectivamente, "El exilio de los artistas plásticos", "Los arquitectos del exilio de 1939", "Cine español en el exilio", "La ciencia española en el exilio" y "Los historiadores y la Historia en el exilio". En el tomo sexto y último, aparte de un extenso estudio sobre "Los antropólogos españoles en el exilio", de Fermín del Pino, que no tuvo materialmente cabida en el volumen anterior, se incluyen "Literatura catalana en el exilio", por Vicente Riera Llorca y Albert Manent; "El exilio en la literatura vasca", de Martín de Ugalde; "Literatura gallega en el exilio", por Román Martínez López, a más de un trabajo excelente de Jorge Campos sobre "El otro exilio" y un sustancioso "Epílogo" de José Luis Abellán, que resume y sintetiza lo que es en su conjunto la valiosa obra realizada.

Al final de su "Epílogo", José Luis Abellán da las gracias más cumplidas a sus colaboradores inmediatos y a quienes han facilitado su labor. Nosotros debe-

rra declara: "El primer año (del niño) ya me parece casi geriatría. Me interesa el primer día".

El método confesado de trabajo de Ajuriaguerra es "mirar": "Yo me encuentro con el niño. Me quedo contemplándolo con candor y respeto como se contempla el crecimiento de una planta. Con espíritu científico, pero también con placer. Perdemos mucho cuando miramos algo sin sentir el placer de la mirada". ■ PEDRO FERNAUD.

"El exilio español de 1939"

El exilio republicano español de 1939 ha sido, con una considerable diferencia sobre todos los demás, el más numeroso, prolongado e importante de cuantos hubo de sufrir nuestro país durante los dos últimos siglos. Ferrocamente perseguidos en su propio suelo, medio millón largo de españoles tienen que exiliarse al

finalizar la guerra civil y permanecer lustró tras lustró fuera de las fronteras patrias, muriendo una buena parte de ellos en tierras extrañas de Europa y América.

Hace ya tres años que un grupo de españoles esforzados, encabezados por el profesor de la Complutense José Luis Abellán, echaron sobre sus hombros la pesada y difícil tarea de historiar esta España fuera de España, estos españoles benéritos del éxodo

nos dárselas a nuestra vez. Pero haciéndolas naturalmente extensivas a los pueblos y a las autoridades de los diferentes países —americanos, esencialmente— donde nuestros exiliados fueron recibidos con los brazos abiertos y tuvieron toda clase de facilidades para vivir y trabajar. Fue una conducta generosa y ejemplar a la que, por desgracia, la España democrática está correspondiendo muy mal en estos momentos, haciendo en extremo dificultosa la estancia de los intelectuales argentinos, chilenos, uruguayos y holivianos refugiados en nuestro país. Es una vergüenza que debe terminar cuanto antes porque a todos por igual nos abochorna. ■ E. DE GUZMAN.

“Campo francés”

Si pocos escritores de aquellos años pudieron hacer abstracción de la tragedia colectiva en la que se vio metido todo un pueblo, no reflejándola en su obra, en la de Max Aub, ese gran escritor nacido en París, de padre alemán y madre francesa, que a los veintidós años eligió ser español, la guerra civil es una constante.

Difícil resulta, por ello, delimitar El laberinto mágico —Ignacio Soldevilla Durante, uno de los críticos que más atención ha prestado a la obra de Max Aub prefiere llamarlo El laberinto español—, ese conjunto de novelas,

cuentos y piezas dramáticas que tienen como tema principal la guerra.

Básicamente, sin embargo, El laberinto está compuesto por esos seis capítulos de la serie de los Campos (Campo cerrado, Campo de sangre, Campo abierto...), a través de los que Max Aub fue relatando, como en unos modernos “episodios nacionales”, los diversos avatares de la guerra civil española.

Pero Max Aub, llevado a los once años por sus padres a Valencia, huyendo de la primera guerra mundial, por estos orígenes sabía que la guerra civil no era un hecho aislado. Se estaba ventilando algo más. Toda Europa estaba siendo sacudida por la presión del fascismo, ante el que débil defensa podían hacer unos países dejados llevar por la indiferencia.

En esa Europa que descubre, tarde, las orejas del lobo y reacciona, asustada, ensañándose con los antifascistas, españoles y demás extranjeros, que, huyendo del nazismo, buscaban asilo en Francia.

Cuando en los primeros meses de 1939, cientos de republicanos con sus familias y pertenencias a cuestas, cruzan la frontera francesa por Cataluña, pronto se van a dar cuenta de que no están tan a salvo como pretendían.

Max Aub es uno de esos de los que, sin contemplaciones, son llevados a los campos de concentración, que a marchas forzadas



Max Aub.

se han montado en las playas.

En 1942, Max Aub logra embarcarse para Méjico y en esa travesía de veintidós días, antes de que desaparezcan de su memoria tantos hechos vividos, escribe con ellos Campo francés (que acaba de incluirlo Alfaguara en su catálogo), que no se publicará por vez primera hasta 1965, en que lo hace Ruedo Ibérico.

Es este “campo” un híbrido entre novela y cine —así lo calificó el propio autor—, un libro de memorias en el que, nos dice también Max Aub, solamente los tres personajes principales son ficticios, el resto, el coro de extranjeros maltratados por los franceses, es real.

Para Max Aub la situación está clara. No hay lugar para los indecisos, para los neutrales, para los “apolíticos”. Es hora de

tomar conciencia (y se la hará tomar a uno de los protagonistas, Julio, el pequeño burgués egoísta que al final sabrá por qué muere).

Europeo por todos los costados, corriendo por sus venas, mezcladas, sangre francesa y alemana, Max Aub se duele de la tranquilidad de esa vieja y conformista Europa que va a “morir por cerrar los ojos”. Que es precisamente el título de uno de sus dramas más importantes y que Max Aub escribió en 1944, basándose sustancialmente en este Campo francés.

No es el momento para analizar con atención una y otra obra. Ambas presentan diferencias. El guión cinematográfico es mucho más directo en su planteamiento, el protagonista es un todo colectivo. En Morir por cerrar los ojos (hay edición española, en Aymál, el coro de extranjeros detenidos —judíos, republicanos españoles, comunistas, ladrones, vagabundos, intelectuales, etc.— adquiere menor importancia, en beneficio del trío protagonista: María y los dos hermanos, Juan y Julio.

La toma de conciencia queda simbolizada no en Julio, que morirá siendo un soplón, sino en María, su mujer, enamorada de Juan, el “político”, el “rojo”.

María, francesa, representa a esa Europa que todavía está a tiempo de salvarse: “He vivido ciega, muerta, por cerrar los ojos”, dice María al final. Poco antes había exclamado: “El dolor devuelve la vista a los ciegos”.

Con Campo francés, Max Aub rompe momentáneamente el ciclo narrativo de la guerra, utilizando la técnica cinematográfica —fue profesor en Méjico de esta materia— para relatar unos hechos que hablan de lo que soportar tantos refugiados españoles.

“Julio: ¿Qué desea? / Hombre: Policía...”, escribe Max Aub en Campo francés; por los mismos años escribía Rafael Alberti en Vida bilingüe de un refugiado español en Francia: “Cerrar los ojos y... /—¿Qui est-ce?—C’est la police”. No eran, no, fáciles aquellos tiempos para los refugiados en Francia. “En la Francia de Daladier, /de Leon Blum y de Bonnet, /la que aplaude a Franco en el cine, /la Francia des Actualités”, como la definía en ese mismo poema Alberti. ■ JAVIER GOÑI.



Premio a José Caballero

El pintor español José Caballero ha sido galardonado con un Gran Premio en la Trienal de Pintura realista que se celebra en la ciudad de Sofía (Bulgaria). Los otros tres premios han recaído, respectivamente, en un artista búlgaro, otro japonés y un checoslovaco. Esta es la tercera edición del mencionado festival, que tradicionalmente se inaugura en el aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi. El lema de la edición de este año hace referencia a la lucha en favor del humanismo, la paz y el progreso social, y en contra de la guerra y la opresión. El premio le ha sido otorgado al pintor español por sus obras “El sol negro de los campesinos andaluces” y “La sangre de un poeta”. ■